

Realidades fronterizas en forma de ficción

Erika Saïd Izaguirre
Universidad de Houston

PARA LOS HABITANTES DE LA FRONTERA CIUDAD JUÁREZ-EL PASO, los textos de Arminé Arjona pueden resultar familiares, cercanos, hasta comunes. Narran el día a día de la vida en aquel par de ciudades donde la frontera física a veces se desdibuja, pues sus ciudadanos transitan de aquí a allá trasladando objetos, servicios, afectos; mezclando lenguajes, costumbres, leyes. Aunque desde una mirada foránea, los relatos de *Delincuentes* (Instituto Chihuahuense de la Cultura, 2009), aun cuando fueron escritos hace más de una década, resultan actuales, de gran riqueza antropológica —es decir, cultural—, ya que muestran de forma realista a la que alguna vez llevó el título de “la ciudad más peligrosa de México”.

En la vida diaria de los personajes que componen el entramado de estos cuentos se perciben vivires corrompidos ya por la pobreza, ya por el miedo o la incertidumbre, mientras en otros lo notorio es que los habitantes fronterizos aprenden a sobrellevar las microviolencias del día a día de la mejor manera en un orbe perteneciente a un país conocido por su corrupción, que es también la puerta de entrada (o de salida, depende cómo se le mire) a Estados Unidos. Así, el lector es testigo de cómo para los personajes es tan común fijar una cita afuera del Rapiditos Bip Bip para hacer tratos de drogas o ir a comprar unas Coca-Colas en la misma tienda.

Con ese desengaño, más un toque de humorismo, la narradora transmite la indiferencia crónica con la que navegan los miembros de un estructura social llena de desigualdades —si bien comunes en nuestra época— como son las de raza, clase y género y cómo estas toman otro talante al ser vividas desde la frontera. A pesar del material sensible que conforma las temáticas de estos cuentos, cuando el lector termina de leer cada uno de ellos le queda un aire de esperanza, un sentimiento de triunfo que sólo otorgan los finales felices. Se trata de tragicomedias llenas de cinismo, optimismo, sátira e ironía, expresiones que son lo único que les queda a estos personajes, a razón de vivir en una zona geográfica donde ya se han norma-

lizado eventos como el cruce ilegal de la frontera, la compraventa de drogas y los pleitos de pandillas. También donde la población rural que ha abandonado el campo a razón del narcotráfico se suma a este pastiche de realidades.

Ejemplo de las realidades que quedan expuestas en *Delincuentes* por

medio de la ficción es la de la muchacha que se aventura a cruzar el puente internacional con la cajuela del auto llena de droga, escapando de los “migras” como en una película de acción. O aquella donde unos agricultores pobres invierten sus pocos ahorros en semillas de marihuana, viendo sus planes mermados cuando unas vacas terminan comiéndoselas: “¡pinches vacas pache-

cas!”, se burlan de su tragedia con un estilo muy arminé-arjoniano, que incluye tanto la resignación ante la desdicha, como la riqueza de un lenguaje oral, o “carnavalezco” en términos de Mijaíl Bajtín. Quienes conocen a la autora saben que es alguien con una vasta creatividad en cuanto a su expresividad lingüística. El título mismo del libro es un juego de palabras muy en la nota de su poesía.

Otros momentos memorables de *Delincuentes* son las estafas de quienes se dedican al cruce ilegal, las misiones encubiertas de los policías “gringos” que se hacen pasar por civiles para dar con sus sujetos de búsqueda, así como una serie de diversas voces activas que proveen de pers-

pectivas multidireccionales a estas narraciones haciéndolas polifónicas, o “dialógicas”, si se continúa con la terminología de Bajtín. Y aun apostando a la multiplicidad de voces, la colección incluye una sesión titulada “Y sigue la mota dando...”: glosario que enlista los términos utilizados a lo largo del libro, cuyo origen no es más que el regionalismo juarense, chihuahuense, nor-

teño y fronterizo; con sus respectivos sociolectos propios del lenguaje cholo, pocho y español rural, no sólo abarcando la jerga popular, sino todo un argot del narco y de cierta familiaridad con el uso de las drogas, incluyendo en esta sesión sus equivalentes jergas chicanas, colombianas, argentinas y chilenas.

Este tipo de glosarios, comunes en la literatura norteamericana de los años 90, fueron un fenómeno literario

Narran el día a día de la vida en aquel par de ciudades donde la frontera física a veces se desdibuja, pues sus ciudadanos transitan de aquí a allá trasladando objetos, servicios, afectos; mezclando lenguajes, costumbres, leyes.

que se observa hoy día como una forma de resistencia, surgida entonces en contra de la norma estadounidense, la cual no aceptaba otra lengua fuera del inglés. La escritora Juliana Spahr señala, por ejemplo, cómo muchos poetas jóvenes en Estados Unidos de entre finales de los 80 y principios del 2000 comenzaron a integrar palabras del argot de los negros, chicanos y hawaianos en sus creaciones, enlistando estos glosarios de términos al final de sus libros, como uno de los primeros movimientos a favor de la inclusión racial y lingüística de la literatura norteamericana, el cual buscaba la integración de sociolectos propios de culturas no normativas.

Es difícil adivinar si Arminé Arjona estaba en diálogo con este tipo de escrituras, mas sí es posible afirmar que la suya iba en sintonía con lo que acontecía en la época y en el panorama mundial. La multiplicidad de dialectos con la que se expresan sus personajes evidencia la multiculturalidad de una ciudad fronteriza en un mundo globalizado, una ciudad que, en el momento en que Arjona escribe, es igualmente el *crossroad* (cruce de caminos) para el tránsito de cosas ilegales —armas, drogas, trata de personas—, como es el paso de los mexicanos pertenecientes a la clase media-alta que llegan a Ciudad Juárez a tramitar sus visas para ingresar a Estados Unidos. También es el tránsito de inmigrantes provenientes de otros países con economías complicadas. En suma: un área geográfica que a veces es de paso, pero a veces acaba

siendo el hogar de quienes no logran cruzar al otro lado.

Más allá de esta marcha de otredades, no deja de ser una ciudad mexicana que vive de las maquiladoras, de la producción de gas, del ganado y del intercambio comercial: una ciudad con sus bienes y servicios, escuelas, zonas rurales, zonas urbanas, vida nocturna, calles transitadas de día y temidas de noche. Su población vive la oligarquía de la misma manera como se vive en el resto del país. Todo eso está expuesto en estos relatos que pueden hacer que el lector se carcajee o cierre el libro con un sabor a desesperanza, siendo lo más valioso de esta lectura el hecho de que apela a los sentimientos, permitiendo así la mejor comprensión de la vida diaria de personas de carne y hueso que habitan estos espacios en la vida real. Con esta invitación a la empatía, Arjona inmiscuye una fuerte crítica social.

Por último, es notoria la peculiar participación femenina de los personajes en este libro, lo que quizá otros autores de la generación de la autora dejaron de lado. En estos tiempos donde comienza a haber más consciencia de la necesidad de rescatar el trabajo de mujeres escritoras, así como de relatos donde la participación femenina sea tan o más importante como la masculina, se vuelve mandatorio valorar, distribuir y dar lectura a piezas literarias como ésta, tan críticas como entretenidas, lo cual siempre se agradece de una obra contemporánea.